

La iniciación de los conscriptos

(o la patriótica hospitalidad homosexual)

pedro lemebel

Siempre ha sido costumbre para las locas aventureras, cruzar territorios minados desafiando la pureza de la masculinidad militar, hacer guardia afuera de los regimientos esperando a los pelados que hacen el servicio militar para invitarlos a una cerveza, un completo y comprarles una cajetilla de Viceroy para luego llevarlos a alguna pieza de mala muerte donde el recluta paga estas atenciones con sus servicios erectos. Es así, y por décadas estas ocultas complicidades forman parte de la iniciación patriótica sexual de muchos adolescentes, que rapados al cero, son enviados a ciudades distantes de su hogar, lugares extraños y lejanos como Antofagasta, Talcahuano, Iquique o Arica, donde sus días de permiso son tardes vagabundas dando vueltas en la Plaza de Armas, fumándose el único paquete de cigarros comprado con los pocos pesos que les da el Ejército. Buscando entre los parroquianos una mirada amiga que los invite a sus casas a tomar una aguada taza de té.

Los chicos de la milicia, obligados a permanecer largo tiempo en estos remotos paisajes, aventuran su ocioso deambular en la mirada seductora de alguna marica que delicadamente les sigue los pasos, que lo mira a la pasada con un parpadeo de amapolas calientes, contagiándole un misterioso acuerdo poético carnal que lo engancha cuando la loca se acerca con un cigarro en la boca y le pregunta: ¿Tienes fuego? ¿Tú no eres de acá? ¿Cómo te llamas?. Y la verdad, a tantos kilómetros lejos de su hogar, de sus amigos machitos peloteros de la cuadra, de sus pololas del colegio, el pendejo ni lo piensa y se deja envolver por esa única forma de cariño mariposón que encuentra en este exilio militar.

Así, cada vez que los domingos tiene día de permiso, ya no va a girar aburrido por los jardines de la Plaza, ahora tiene otro hogar, otra casa que lo recibe con café con leche y tostadas en la once, y después de ver televisión echado a pata suelta en una cama, luego de haber fumado una aguja de macoña colombiana que le tenía de regalo su loca, para que esos humos celestes le amortigüen los moretones del entrenamiento con su nirvana vegetal. Aún lo espera una botella de pisco Alto del Carmen para calentar la fiebre aeróbica de la noche. Pero no siempre el chico tiene que pagar la hospitalidad "hogar dulce hogar", boqueando entre las sábanas colipatas. A veces, los pilla el amanecer solamente conversando, contándole a la marica sus fracasos en el colegio, las humillaciones que tuvo que pasar de junior, mozo o barrendero en esas pegadas para liceanos repitentes, que después de tanta decepción, lo único que les queda es el servicio militar. "Porque mi viejo no podía seguir manteniéndome, ¿cachay? Y todos los días me sacaba en cara la ropa y la cagá de comida que me daban en la casa. Por eso me inscribí para el servicio, y me mandaron al norte. Y yo quería que me mandaran lo más lejos de mi casa. Lo más lejos, para olvidarme de la pasta base, de los locos de la esquina, de mi polola y de mi mamá, que es lo único que no puedo olvidar". Y allí, la melancolía cuarenta y cinco grados del Alto del Carmen lo hace sollozar. En esa cama ajena, con olor a sexo y copete, es en el único nido donde se permite quebrarse y llorar, llorar amargamente como un mocoso, mientras la marica le pasa un pañuelo, lo consuela, le levanta el ánimo diciéndole: que no se ponga así, que ya todo va a pasar, que pronto va a regresar a su casa, que mañana será otro día. Y después de acurrucarlo en sus brazos, lo relaja con un masaje oriental, desenchufa la tele, apaga la luz, y lo deja dormir solo y bien arropado como una madre cariñosa que se guarda en su alma sus deseos incestuosos.

Así, estas iniciaciones que viven los chicos del regimiento, son favores compartidos, pactos de urgido sexo sodomita a cambio de la tibieza hogareña que aplaca la relegación obligada de la educación militar. Es posible, que al pasar ese tiempo, cuando los aprendices de soldados regresan a sus casas con la licencia en la mano, nunca más recuerden la casita rosada donde las tristes tardes de la milicia se endulzaron de cariño prohibido, sexo verde y sicológica confesión. Quizás, estos secretos entre conscriptos se llevarán para siempre tapiados por la represiva virilidad castrense o también formarán parte de una bitácora paralela que guarda el ejército, como servicios a la patria entregados clandestinamente por la hospitalidad homosexual.

Carta a la memoria

alejandro fernández

No conocí a mi abuelo Salvador, mejor dicho, no me dejaron conocerlo. El día 11 de septiembre de 1973, mientras La Moneda era bombardeada, yo reposaba tranquilamente en el vientre de mi madre, mientras afuera se constituía el reino del terror que gobernó a Chile por más de una década.

Nací en el exilio, tuve una vida normal en otras tierras. Recuerdo que cuando niño, me gustaba escuchar las conversaciones de los adultos. A través de ellos intuía lo que pasaba en el lejano Chile tan remoto y distante para mí: tal persona desaparecida, torturaron al hijo de fulano. Entonces no entendía por qué los amigos de mi familia tenían que entrar clandestinamente a su tierra cuando las famosas listas negras y su antiético azar advertían quienes no eran bien vistos por la dictadura militar. Son recuerdos dolorosos que comparto con miles de hijos de exiliados, de mi generación.

Recuerdo perfectamente el día que mi madre adoptiva, Mitzi Contreras, (mi madre biológica, Beatriz Allende, se suicidó en La Habana el 11 de Octubre de 1977, tras una larga depresión), me informó que podíamos retornar. Mi expresión no fue de alegría, más bien de preocupación. Para ser honesto, confieso que sentí un gran miedo. A fin de cuentas, la vergüenza no es para el que siente temor, es para el que la provoca. Me refiero a las personas que cobardemente ocuparon todos los recursos del Estado para sembrar el terror en una población civil que nunca estuvo preparada para defenderse.

En mi caso, muchos recuerdos tristes han desaparecido, otros permanecerán por siempre. Es un pesado estigma que desde niño me mostró que la vida tiene un límite. Muy temprano descubrí que realmente éramos mortales. Extraños pensamientos para una edad en que las preocupaciones deberían ser otras.

La primera vez que entré a Chile, lo hice por Venezuela. Fui al Consulado chileno y el recibimiento fue una enorme foto de Pinochet que colgaba de una pared de aquel recinto. Uno de los funcionarios nos atendió (a mi hermana Maya y a mí), mirándonos detalladamente, con una perversa mirada antropológica. Lo único que deseaba era no ver más a esas personas, salir de aquel lugar y confundirme con la muchedumbre bulliciosa de la ciudad de Caracas.

Una vez en Chile, el oficial selló nuestros pasaportes inmutablemente. Luego de pasar la aduana, pude distinguir a lo lejos, la sonrisa de mi tía Isabel Allende que nos daba la bienvenida. Camino a la famosa casa de la calle Guardia Vieja, en plena Alameda, nuestras miradas se detuvieron en La Moneda. A primera vista, encontré que era una construcción lúgubre y pequeña. En mi imaginario infantil había engrandecido aquel lugar que simboliza la institucionalidad chilena.

Después de aquellas primeras impresiones, me las arreglé para hacer una vida normal. Aunque siempre persiste la sensación de que nuestro equilibrio democrático camina sobre una cuerda floja, reposa sobre un arma cargada. Es el drama de no pocos países latinoamericanos que desarrollan su vida siempre amenazados por el poder de las armas de unos ejércitos que se nutren del chantaje y de la fuerza.

En Chile, las Fuerzas Armadas jamás se han integrado plenamente a la transición democrática. No lo hicieron con Pinochet, no lo han hecho sin Pinochet. Para comprender el absurdo de esta lógica, hay que reparar en su esencia misma: ellos sienten que poseen la médula de los valores patrios y se atribuyen el derecho de matar, torturar y desaparecer cuando las mayorías, a través del sufragio, deciden algo opuesto a su limítrofe razón.

Abuelo, sólo me resta decirte que nosotros los jóvenes de hoy, vamos a trabajar por la paz, la tolerancia y la justicia social como tú lo hiciste en vida. No tenemos odio, pero sí anhelos de justicia. Abuelo, el muerto no eres tú, es el otro. Hace algunos meses, escuchando tus palabras finales mientras era bombardeada La Moneda, me percaté de la profecía: "Tengo la certeza de que por lo menos habrá una sanción moral que castigue la felonía, la cobardía y la traición".